

EL OCULTISMO NACIONALSOCIALISTA Y EL DISCURSO *ALTERNATIVO* CONTEMPORÁNEO

NATIONAL SOCIALIST OCCULTISM AND CONTEMPORARY *ALTERNATIVE* DISCOURSE

RICARDO CAMPO PÉREZ*
Universidad de La Laguna (Tenerife)

RESUMEN: La revuelta contra el mundo moderno ha tomado variadas formas desde el movimiento romántico. Fue especialmente virulenta en el último tercio del siglo XIX en Alemania, donde los movimientos de juventud y los abundantes ocultistas proponían cosmovisiones alternativas al mundo industrializado y cientifista, al igual que en el movimiento nacionalsocialista. En el ocultismo contemporáneo y en las visiones alternativas de la *New Age* podemos hallar una interpretación o enfoque del ser humano y del cosmos semejante.

PALABRAS CLAVE: Ocultismo, pensamiento alternativo, nacionalsocialismo, causalidad, *New Age*.

ABSTRACT: The revolt against the modern world has taken varied forms since the Romantic Movement. It was especially virulent in Germany in the last third of the 19th century, where youth movements and the abundant occultists were proposing alternatives to the industrialized, science-oriented world, just like in the National Socialist movement. We can find a similar interpretation of the human being and of the cosmos in contemporary occultism and in the alternative visions of the New Age.

KEYWORDS: Occultism, alternative thinking, National Socialism, causality, New Age.

* E-mail del autor: rcampo@ull.es

Las especulaciones conspiracionistas y ocultistas tienen en el régimen nacionalsocialista uno de sus temas más queridos y aprovechables. La literatura al respecto es abundante, y también en Internet encontramos diversos textos (por ejemplo, <<http://personal.redestb.es/len3/magiass.htm>>; <<http://usuarios.lycos.es/christianlr/01d51a93a50f9c311/01d51a93af108cf0b.html>>; <http://www.mundoparanormal.com/docs/enigmas/adolf_hitler_ocultismo.html>), de escasa credibilidad, en los que, de forma sucinta, se relata una historia de la Segunda Guerra Mundial paralela, como entre bambalinas, donde los médiums aconsejaban a los líderes de las potencias en litigio y éstos recurrían a los servicios de «dotados» para descubrir, por medios parapsíquicos, dónde comenzaría cierta invasión, la ubicación de las bases alemanas en la costa francesa o los planes de guerra de Hitler. Incluso los líderes aliados habrían estado convencidos de ser una especie de protegidos por las fuerzas positivas del trasmundo frente al mal encarnado en el régimen nacionalsocialista. Y en <<http://www.vidasdefuego.com/himmler-lider-ss-ocultismo.htm>> se dice de Himmler que incursionó en el ocultismo a través de sus estudios del Santo Grial, fue un partidario de la Sociedad Thule (una organización ocultista alemana) y creía en el magnetismo, el mesmerismo, la homeopatía, en las teorías más dudosas del eugenismo naturista, en los videntes, echadores de cartas, curanderos, hipnotizadores y hechiceros, de los que estuvo rodeado toda su vida, hasta el punto de que muchas veces no se atrevía a tomar una decisión sin consultarles.

Fue *El retorno de los brujos*, de Pauwels y Bergier (1985), el libro que popularizó estas especulaciones en los años sesenta del pasado siglo. En esta obra los autores, basándose en el *realismo fantástico*, señalan ciertos aspectos de la historia del nazismo que llevan a pensar que todo ocurrió como si las auténticas causas del éxito popular del régimen hubiesen sido de naturaleza sobrehumana e inabordable con los métodos racionales de la investigación histórica (Pauwels y Bergier, 1985: 324). Pero ya en los años veinte menudeaban los credos ocultistas y espiritualistas: teósofos, antropósofos y ariosofistas manifestaban creencias nacionalistas germanas teñidas de ecologismo antimoderno (Biehl, 1995).

También autores en el ámbito académico apuntaron en una dirección parecida, como Mosse, que hace una advertencia:

Necesitamos darnos cuenta de que un complejo desarrollo cultural influyó en este movimiento [el nacionalsocialista] mucho antes de que cristalizaran

en un partido político. Entre estas ideas se encontraban las de tipo romántico y místico, parte de la revuelta que barrió Europa contra el positivismo a finales del siglo XIX. Esta revuelta estaba asociada a la creencia en fuerzas cósmicas de la naturaleza, fuerzas ocultas que debían ser entendidas no por medio de la ciencia sino de lo oculto. La guinda la ponía el pasado ario. El misticismo jugó un rol central en este movimiento, en conexión con la interpretación del alma del hombre como una concreción de las fuerzas vitales cósmicas (Mosse, 1961: 82-83).

Berlin apunta en una dirección parecida en el último capítulo de su estudio sobre el romanticismo (Berlin, 1999). Muy popular durante el propio régimen nazi fue la expresión de Goebbels *romanticismo de acero* para definir la esencia de esta ideología: una mezcla del espíritu romántico y de la industrialización de Alemania, conformando un modernismo reaccionario (Herf, 1990).

1. El ocultismo nazi en la cultura popular alternativa

El mito del ocultismo nazi se ha extendido hoy a multitud de manifestaciones artísticas (cinematografía, cómics, novelas, etc.), grupos neoreligiosos, *punks* y góticos, así como entre escritores especializados en el «misterio» y las claves ocultas de la historia, terreno fructíferamente abonado en la última década en particular. Para esta subcultura, como resume Goodrick-Clarke, el enorme poder que llegó a alcanzar el nacionalsocialismo no puede ser explicado exclusivamente por causas políticas y socio-económicas: fueron necesarios poderes ocultos y maléficos de raigambre teosófica los que alentaron y sostuvieron la maquinaria nazi (Goodrick-Clarke, 2005: 270).

La construcción mítica del pasado glorioso del ultranacionalismo alemán de los grupos *völkisch* mantenía, asimismo, que en una remota antigüedad el wotanismo unía místicamente al hombre con el universo, que se comporta como una especie viva con sus ciclos de nacimiento, muerte y renacimiento (Goodrick-Clarke, 2005: 75-82). Este mitologema, despojado de nacionalismo alemán, es el mismo que en los años setenta del siglo XX popularizó Erich von Däniken y antes que él Robert Charroux (Stoczkowski, 2001: 33-50), Peter Kolosimo en Italia y en España el psiquiatra televisivo Fernando Jiménez del Oso y Juan José Benítez, todos ellos autores de exitosos productos editoriales o audiovisuales. Esta

visión de una historia oculta, ignorada por los historiadores y arqueólogos *oficiales*, es el campo especulativo más destacado de la última década en el campo de los misterios comercializados.

No obstante el tono periodístico y efectista con que Pauwels y Bergier exploran los aspectos ocultistas del régimen nazi, y en particular de Hitler y Himmler, es cierto que los sucesos ocurridos durante la dictadura nacionalsocialista no pueden ser explicados en profundidad observando exclusivamente sus consecuencias: la guerra y el exterminio planificado de judíos y diversas minorías sociales. Una opinión similar manifiesta una fuente más confiable como Sala al recoger en la introducción de su obra sobre la mitología del nazismo algunas declaraciones del juicio de Núrenberg, como la afirmación de Alfred Rosenberg de que «en estos tres meses de acusación se han expuesto muchas cosas terribles, pero no se ha hablado del nacionalsocialismo» (Sala, 2003: 16). El abogado de Rosenberg trató con frecuencia de exponer las raíces del pensamiento de su defendido, pero la urgencia del momento y los terribles efectos del régimen descubiertos para todo el mundo en 1945 no hicieron de este juicio el lugar oportuno para disquisiciones filosóficas. Queremos indicar con ello, de la misma forma que Pauwels y Bergier, que en el nazismo -como en todo constructo ideológico- hubo un magma de creencias que impulsaron su actividad, aunque los factores esotéricos y mágicos no fueran los principales. Pauwels y Bergier lo reconocen, pero intentan sobrevalorar y orientar al lector destacando la importancia de tales creencias con una retórica y un arte digresivo que ha influido en los divulgadores alternativos y esotero-ocultistas de décadas posteriores, principalmente en los preocupados por las conspiraciones mundiales y los reductos de resistencia y renacimiento de la ideología nacionalsocialista.

2. La república de Weimar

Desde las últimas décadas del siglo XIX encontramos en el ámbito germano la necesidad de reformar la vida (*Lebensreform*), recuperar lo tradicional como remedio de la situación a que estaba llevando la ciencia materialista, el progreso técnico y las transformaciones sociales. Proliferaban de esta forma estilos de vida alternativos como la medicina naturista, la herboristería, el vegetarianismo o el nudismo, todo ello promovido por pequeños grupos de

personas interesadas en rescatar esas técnicas y prácticas. El escenario es idéntico a la de las actuales comunas de la *New Age* (Esalen, Findhorn, Glastonbury, etc.).

La derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial sumió al país en una época de desconcierto, con sentimientos colectivos de humillación, resentimiento por las draconianas condiciones impuestas por el Tratado de Versalles, convulsiones sociales entre las izquierdas y las derechas y extendida pobreza que, a pesar de un periodo de recuperación a partir de 1924, acabaron desembocando en una nueva crisis en 1929 y en la ascensión al poder del partido nacionalsocialista en 1933 (Herf, 1990: 52 y ss.).

La Gran Guerra y el periodo de agitación que la siguió condujeron a un renacer intensificado de la veta religiosa en la política, de la misma forma que en épocas de cambio súbito y trastorno social había prosperado el quiliasmo medieval o la creencia en que era inminente un intervalo de mil años previo al Juicio Final. Entre los creyentes decididos, un mundo mítico de primavera eterna, héroes, fuego y espadas desplazaba a la realidad (Burleigh, 2002: 35-37). Justo después de la guerra salieron a la luz gran número de sugestionadores y magnetoterapeutas, y arreciaban los gurús sanadores y apocalípticos como Joseph Weissenberg (1855-1941) y su exitosa iglesia, que profetizaban calamidades sin fin para Alemania y el resto de Europa si no volvían a los cauces tradicionales y ultraconservadores de vida (Linse, 2002: 89-217).

De Graaf cita un importante estudio sobre esta época, *Joven Alemania*, de Walter Laqueur. Según este autor, en 1917 «hubo otro redescubrimiento de la sabiduría del Oriente; pronto todos estuvieron hablando sobre taoísmo, budismo zen, *karma*, etc.». Los héroes intelectuales «fueron pioneros en el descubrimiento del alma oriental». Y continúa:

La Alemania de 1920 era el apogeo del Dadá y del ocultismo, donde se expandía todo tipo de curiosas sectas, mientras profetas de las causas más fanáticas encontraban seguidores instantáneos. Muchos jóvenes alemanes se unieron a nuevas religiones y sectas ocultistas cuyos profetas se multiplicaban como hongos después de la Primera Guerra Mundial. La popular revista *Juventud Alemana Libre* dedicó muchos artículos al Taoísmo y al Bhagavad Gita (de Graaf, si fecha).

Estas reuniones juveniles incluían el canto, la narración de historias, lecturas y discusión de las metas del movimiento, con énfasis en los problemas personales. Atacaban el materialismo, la esterilidad y la falta de ideales de la sociedad alemana, pero confiaban en que ello podía superarse mediante «el poder del amor que todo lo abraza» y la «ruta Interior» hacia la iluminación. «Cambia a la gente», creía esta contracultura alemana, «y entonces cambiará la sociedad». El movimiento juvenil, destaca Laqueur, era antipolítico y procuraba con ahínco evitar los compromisos políticos. Con referencia a la política, la frase a menudo más repetida era una clara expresión del sentimiento dominante: «Nuestra falta de propósitos es nuestra fortaleza» (de Graaf, sin fecha).

3. La revolución conservadora

El heterogéneo conjunto de individualidades, organizaciones profesionales, grupos juveniles y sectores políticos que expresaron este malestar cultural, aunque sin recurrir en cantidad significativa a soluciones *alternativas* u ocultistas, se conoce como Revolución Conservadora. Sala define sintética y precisamente este movimiento:

Se definían en gran medida por la antítesis de los fundamentos de la revolución francesa, cuestionaban la democracia, la fe en el progreso y el pensamiento racional y abstracto, y los sustituyeron por lo que Ernst Jünger llamó «una nueva relación con lo elemental y la tierra», así como por una organización basada en el liderazgo de un *Führer*, por una concepción cíclica de la historia y por un discurso en el que primaba lo metafórico sobre lo conceptual (Sala, 2003: 304).

Un detalle importante que hace constar la misma autora es la ausencia de elementos racistas en el ideario de la revolución conservadora -excepto casos de antisemitismo *völkisch*, según Díez (1996: 245)-, aunque mantuvieran una concepción irracional e intuitiva de la historia. Su conservadurismo no miraba hacia atrás, sino hacia el futuro fundiendo técnica y valores tradicionales (estado, nación, pueblo, etc.).

Völkisch es un término con el que los nacionalistas alemanes se referían a su propia pertenencia a la nación alemana, como una acepción específica a la que

el concepto de origen romano de nacionalidad no hacía justicia. Añade al populismo integrador de Herder conceptos biologicistas, racistas y socialistas (Dumont, 1987: 172). Staudenmaier define como su aspiración fundamental la reconstrucción de la sociedad sancionada por la historia enraizándola en la naturaleza y en la comunión con el espíritu cósmico de la vida (Staudenmaier, sin fecha). Junto con los revolucionarios conservadores, eran herederos de las tradiciones irracionistas europeas, que asumían un matiz particularmente intenso en Alemania debido a la politización de la *Lebensphilosophie*, la filosofía de la vida, de inspiración antirracionalista e intuitiva, gnóstica y secular al mismo tiempo. Los intelectuales derechistas de Weimar decían estar en contacto con «la vida» o «la experiencia», es decir, ocupaban una posición política más allá de toda justificación racional. Para los revolucionarios conservadores, ninguna acusación era más destructiva que la descripción de una idea o una institución -el positivismo, el liberalismo, el marxismo, la ciencia, el parlamento, la razón- como *lebensfeindlich* (hostil a la vida). Por supuesto, se veían a sí mismos como representantes de todo lo que era vital, cósmico, elemental, apasionado, voluntarioso y orgánico, de lo intuitivo y lo viviente antes que lo racional y lo muerto. Los acontecimientos históricos no eran interpretados desde coordenadas políticas, económicas o sociales, sino basándose en fuerzas profundas y misteriosas, de los que los factores citados eran expresión externa (Herf, 1990: 68-69; Biehl, 1995).

La paradoja de la convivencia del espíritu irracional y el de la razón y la técnica es notoria entre la casta de los ingenieros alemanes de la época. Junto con Spengler, Jünger y otros, los ingenieros criticaban la República de Weimar como una ciénaga de caos político y declinación cultural. Eugen Diesel, hijo del inventor del motor Diesel, expresó tales opiniones en *El camino a través de la confusión y La transformación alemana*. En el primero de estos libros, Diesel afirmaba que el intelecto amenaza «nuestra sangre y esencia» al construir un mundo que se había vuelto carente de alma, mecanizado y sin sentido. La «gran crisis» del presente era una crisis en la que los «instintos vitales» luchaban por sobrevivir contra la «tiranía de las imágenes abstractas, un imperio de abstracción» (Herf, *Ibidem*: 340).

Forman asegura que la tendencia dominante en el mundo académico fue la *Lebensphilosophie* neoromántica caracterizada por un antagonismo hacia la racionalidad analítica en general y hacia las ciencias exactas y las aplicaciones tecnológicas en particular (Forman, 1984: 39). El ambiente llegó a ser insoportable para algunas sensibilidades, a tenor de una cita periodística recogida por Díez:

El espíritu de la Universidad de Berlín es un escándalo para toda Alemania. Odio racial, odio de clase, patriotismo, antisemitismo, violencia contra los profesores más cultivados (en *Die Weltbühne*, 26 de agosto de 1920) (Díez, 1996: 232):

El científico era víctima propiciatoria de las frecuentes exhortaciones a la renovación espiritual, mientras que el concepto de causalidad simbolizaba todo lo rechazable de la empresa científica. La referencia de Forman al repudio de las aplicaciones tecnológicas en el ambiente intelectual weimariano choca con la argumentación de Herf (1990), que documenta ampliamente la devoción que los revolucionarios conservadores (Jünger, Spengler, Schmitt, etc.) mantenían por la tecnología, al mismo tiempo que abogaban ardientemente por la recuperación del espíritu nacionalista alemán frente a la decadencia occidental representada por las formas burguesas y mercantilistas de vida: es lo que Herf denomina, paradójicamente, modernismo reaccionario.

Como ocurre en la actualidad con la variante más popular del ecologismo, así también en el periodo de Weimar fueron los biólogos quienes podían adaptar más fácilmente su ideología y valores a los del medio ambiente intelectual. La vida, este símbolo central, era su propia especialidad. La misión de la biología era contrarrestar la alienación de la naturaleza en la era tecnológica. La concepción de esta ciencia proporcionaba el nexo de unión entre la *Naturphilosophie* y las *Geisteswissenschaften* porque incluía el concepto de ley científica y también las técnicas de la comprensión y comunicación del significado: nos lleva al borde de lo irracional y nos enseña a respetar aquello que está más allá de la investigación racional (Forman, 1984: 77). La cosmovisión de algunos científicos actuales como Fritjof Capra y Rupert Sheldrake, considerados heterodoxos, debe parte de sus elementos a estas ideas que en Weimar alcanzaron una capacidad de influencia nunca superada.

Entre los propios científicos se produjo un movimiento de adaptación al espíritu imperante. Las concepciones positivas de la ciencia, las explicaciones mecanicistas y causales, y el utilitarismo científico se ocultaban para dar paso a una concepción romántica, acausalista, no determinista y específicamente alemana. La revuelta contra el mundo moderno, parafraseando uno de los títulos de Julius Evola, se hallaba íntimamente ligada, como señala Biehl, a la cre-

encia en las fuerzas cósmicas de la naturaleza, unas fuerzas oscuras cuyos secretos podían ser comprendidos no mediante la ciencia sino a través de las enseñanzas ocultas. Esta *episteme* circular se completaba, continúa Biehl, con la referencia a las glorias de un pasado ario, todo ello bajo un prisma romántico y místico (Biehl, 1995). Bajo esta presión ambiental, aumentaba el número de profesores universitarios que, ya fuera por convicción, ya por mimetismo, se declaraba políticamente enemigo de alianzas con socialistas y demócratas por ser poco patrióticas, y denunciaban la desaparición del espíritu alemán en manos de los opresores occidentales que habían destruido el pasado imperial (Díez, 1996: 234).

La preocupación por este panorama cultural e intelectual creció entre los científicos, puesto que les afectaba directamente. Max Plank, por ejemplo, manifestó su inquietud por la situación cultural de malestar frente a la ciencia. El físico alemán lamentaba que, precisamente en una época en la que la ciencia avanzaba rápidamente, prosperaba la creencia en milagros, ocultismo, espiritualismo, teosofía y todas las numerosas degradaciones existentes, a pesar de los tenaces esfuerzos que se dirigen en contra desde el lado científico (reproducido en Forman, 1984: 48).

Crecía el número de físicos que abandonaban el principio de causalidad, pero por razones ajenas a las leyes probabilísticas enunciadas por Heisenberg, acotadas además a la realidad microfísica. Arnold Sommerfeld deploraba encontrarse enfrentado, una vez más, a una ola de irracionalidad y romanticismo como la que se opuso en el siglo XVIII a la Ilustración, de tal forma que el rechazo a la razón como instrumento epistemológico se vincula con la exaltación de la intuición y de la experiencia desprovista de análisis alguno. Y Wilhelm Ostwald, al referirse al ambiente cultural de Weimar decía que «en Alemania hoy sufrimos de nuevo un misticismo creciente que se vuelve en contra de la ciencia y la razón como sus enemigos más peligrosos» (cit. en Forman, 1984: 48-49). Y lo que es aún más significativo, la teoría de la Relatividad de Einstein era utilizada para justificar especulaciones irracionales. Se remarcaba la necesidad de volver a las concepciones organicistas frente al mecanicismo, a los conceptos de valor, propósito y meta frente a la simple causalidad, concepto que adquirió rasgos peyorativos.

4. Las agrupaciones juveniles

Entre las agrupaciones en las que la cosmovisión mágico-racial era la norma destacan las de carácter juvenil en las primeras décadas del siglo XX. Por ejemplo, en Alemania la Liga de los Artamanes, fundada en 1924 por Willibald Hentschel. Los artamanes eran fervientes antisemitas y agricultores que trabajaban la tierra, labor por medio de la cual esperaban alcanzar la regeneración vital. Tenían vetadas todas las costumbres que, supuestamente, los desviarían de este objetivo, el alcohol, el tabaco, las relaciones sexuales, etc., pero practicaban danzas tradicionales, vestían trajes típicos y celebraban los solsticios para entrar en contacto con las almas de sus antepasados (Sala, 2003: 73-74). La religión Wicca y el ecomisticismo tienen en los artamanes un claro antecedente, si exceptuamos su racismo.

También surgieron en esta época los primeros movimientos nudistas, como forma de vida alternativa, cuyo impulso principal sería la renovación del contacto del hombre con la naturaleza en una sociedad cada vez más tecnificada (Sala, 2003: 280).

Otros movimientos juveniles alemanes de los años veinte, como los *Wandervögel*, mezclaban elementos contraculturales, misticismo naturalista, hostilidad hacia el racionalismo y filosofías orientales. Entre sus características destaca el hecho de que se presentaban como una respuesta apolítica a la profunda crisis cultural, resaltando la primacía de la experiencia emocional directa frente a la crítica y a la acción social. Ello les llevó a convencerse de que los necesarios cambios que la sociedad debía experimentar no podían ser propiciados mediante la política tradicional, sino a través del mejoramiento personal, como en la *New Age* y en las terapias de crecimiento personal actuales.

5. El ocultismo nacionalista

Como hemos dicho, el ocultismo y el esoterismo popularizado experimentaron un resurgir en Europa durante el último tercio del siglo XIX. Pero antes de ocuparnos de esta cuestión, es importante detenernos brevemente en una interpretación que algunos analistas efectuaron del nacionalsocialismo: su carácter de religión política.

Sala usa esta expresión para referirse al régimen nazi (Sala, 2003: 19-20). El concepto de religión política aplicado al nazismo (Burleigh, 2002; Behrenbeck, 2006) es apropiado por cuanto este régimen adoptó numerosas formas típicas de las manifestaciones religiosas previas en su faceta social. Aunque no existe consenso entre los especialistas en cuanto a la relevancia del aspecto religioso del nazismo, no deja de ser obvia la presencia en su cosmovisión de una veneración por determinados individuos como Hitler, una doctrina de salvación, la existencia de un ritual, fórmulas de confesión comunal, las experiencias de conversión que muchos seguidores decían experimentar, la retórica inflamada del *Führer*, típica de los mesías religiosos, el estatus santificado de los caídos del partido, el señalamiento de un mal absoluto encarnado en los judíos al que se opone la raza elegida de los arios, las numerosas fechas festivas de tipo sacro instituidas por el régimen, etc.

Hitler, además, reconocía que el nazismo no era simplemente biología aplicada, sino la expresión de las leyes científicas eternas, reveladas por Dios e investidas a su vez de propiedades sagradas. La ciencia y la naturaleza se daban la mano con la magia vitalista. La claridad era compatible con el misterio y la religión con la ciencia. Resultaba ventajoso dar al nazismo un lustre científico, bien para vincularse a la fuerza intelectual que se consideraba en ascenso en la época o bien para justificar soluciones radicales en vez de fragmentarias e incompletas de los problemas raciales (Burleigh, 2002: 41). Para Burleigh, el nazismo no era ni simplemente ciencia descontrolada, por mucho que esa definición encaje a los críticos de la genética moderna, ni cristianismo tergiversado, como aseguraban quienes pensaban que el nazismo no fue más que un brote de antisemitismo cristiano. Era una síntesis creativa de ambos (Burleigh, *Ibidem*: 42). De la misma forma, Goodrick-Clarke expresa una opinión muy similar en su estudio sobre las corrientes ocultistas previas al nazismo cuando afirma que la cruzada nazi fue esencialmente religiosa al adoptar creencias apocalípticas y fantasías relacionadas con la Nueva Jerusalén, como los planes de Hitler para una gran capital en Berlín, y la destrucción de las multitudes satánicas en un lago de fuego (Goodrick-Clarke, 2005: 254).

Hitler hablaba de una comunidad mística, la *Volksgemeinschaft*, habitada por «el hombre folklórico, orgánico, temeroso de Dios». La poesía, la música y las demás artes jugaron papeles importantes a medida que el nazismo enfatizaba las necesidades no racionales de la unidad espiritual. Según Mosse, el fascismo cla-

maba por el reestablecimiento de la auténtica creatividad del hombre, que había sido sofocada en la sociedad moderna (cit. en de Graaf, sin fecha).

Poner de manifiesto ese espíritu religioso en el nazismo, independientemente de que se trate más de una clave hermenéutica que de una constatación histórica evidente para cualquier analista, nos sirve para traer a colación el ocultismo ariosofista de las asociaciones ultraracionalistas de las dos primeras décadas del siglo XX.

Según estos grupos, la ariosofía era la doctrina oculta de los antiguos habitantes del norte y centro de Europa cuya sabiduría habría desaparecido bajo el yugo del cristianismo. Los ariosofistas, especialmente activos en Viena en los años inmediatamente anteriores a la Primera Guerra Mundial, combinaron el nacionalismo *völkisch* alemán y el racismo con nociones del ocultismo blavatskyano para profetizar y vindicar una inminente era caracterizada por el dominio mundial de Alemania (Goodrick-Clarke, 2005: 18). El ocultismo legitimaba, de manera infalible e inalcanzable a la crítica, la aversión de estos profundos pesimistas culturales por la cultura burguesa y la acelerada industrialización, así como sus propias convicciones políticas, que suponían un rechazo global de la modernidad. La tardía unificación alemana, la nostalgia por la pérdida de las relaciones sociales antiguas y la invención de un pasado mítico ario-germánico apoyado en el ocultismo fueron las causas generales de la reacción cultural de este periodo en Alemania y Austria.

La figura más destacada en este contexto es Guido von List (1848-1919), escritor austríaco influido por la teosofía que fusionó la ideología *völkisch* con el ocultismo. Fue amante del mundo natural frente a lo urbano, lector de las runas y proponente de la gnosis germana original, el armanismo, que habría sobrevivido en secreto a pesar de los dos mil años de dominación cristiana (Sala, 2003: 456-457, Mosse, 1961: 84).

List mantuvo contacto con una especie de médium que decía ser descendiente o reencarnación de una antigua tribu germana. Aseguraba poder acceder a sus recuerdos ancestrales por medio de poderes clarividentes. De esta forma, confirmó las conclusiones a las que había llegado en la reconstrucción del pasado germano prerromano y precristiano. El acceso a fuentes de conocimiento superiores por medios supranormales fue moneda corriente en la escuela de Hele-

na Blavatsky, la Sociedad Teosófica, y en el *channelling* contemporáneo con entidades desencarnadas evolucionadas.

Según List, la religión gnóstica de los antiguos germanos otorgaba especial importancia a la iniciación en los misterios naturales. Bautizó a esta religión con el nombre de wotanismo, al ser Wotan el dios principal del panteón alemán (Goodrick-Clarke, 2005: 75). Algunas de las máximas del culto wotanista parecían extraídas de un breviario de recomendaciones psicológicas nuevaeristas: «¡Conócete a ti mismo, entonces conocerás todo!»; «¡Abraza el universo y podrás dominarlo!» (Goodrick-Clarke, *Ibidem*: 76). La cosmología wotanista, en la que el ser humano se halla inserto como un elemento más, es la tradicional aventura cósmica de tipo gnóstico: continua transformación, muerte y renacimiento donde los entes vivos y los inertes, los cuerpos celestes y los acontecimientos estacionales, forman un todo interrelacionado.

Este ocultista austríaco se presentaba como el último receptor de una cadena de sabiduría que iba desde los antiguos germanos hasta principios del siglo XX, pasando por la cábala, los humanistas del Renacimiento italiano y alemán y los rosacruces. Todas estas líneas de pensamiento remitían en último término a los antiguos reyes sabios armanistas (una de las castas míticas que dieron origen a los germanos, según el poema mítico *Germania*, de Tácito), cuyos representantes y herederos actuales debían educar al pueblo en los auténticos valores y la naturaleza original. El creciente pangermanismo tenía unos poderosos cimientos históricos, compuestos a partes iguales de mitología, de autores históricos de la tradición neoplatónica y ocultista y del racismo elitista y nacionalista listeano, que prefigura el que en 1933 instauró el régimen nacionalsocialista.

Un seguidor de List, Jörg Lanz von Liebenfels (1874-1954), menos interesado en el pasado armanista *völkisch* de la prehistoria que su maestro, hacía uso de las disciplinas contemporáneas humanistas y científicas para documentar sus especulaciones teológicas, históricas y racistas, que deben más a la religión cristiana que a las doctrinas hindúes de la teosofía blavatskyana. En 1925 escribió que el mundo entero estaba animado por una energía panpsíquica idéntica a Dios y que su manifestación más perfecta se encontraba en la raza rubia y de ojos azules de los arios (Sala, 2003: 61). Fue, además, uno de los mentores de Hitler en su juventud vienesa. La contribución distintiva de Lanz a la ideología racista fue la incorporación de prejuicios e ideas científicas a una doctrina de naturale-

za gnóstica, que caracterizaba a las razas rubias y oscuras como entidades cósmicas que trabajan respectivamente para el orden y el caos en el universo (Goodrick-Clarke, 2005: 125). La interpretación de hechos circunstanciales y una amplia variedad de falacias filosóficas se daban cita en Lanz a la hora de escribir sobre sus interpretaciones de las épocas antiguas, de las razas superiores e inferiores y de la decadencia espiritual que habían experimentado las primeras como consecuencia del mestizaje.

Lanz creó una *nueva ciencia* en la que explicaba todos estos elementos: la teozoología, en la que la teología y la zoología (en cuanto biología evolucionista) se daban la mano para fundamentar su cosmovisión ario-racista. El mundo contemporáneo, industrializado y mezclado, era un lugar de perversión que debía ser destruido para propiciar el regreso de la época gloriosa y mítica en la que los hombres manifestarán su auténtica naturaleza de seres sublimes y espirituales procedentes de las altas esferas. No es casual, refleja Goodrick-Clarke, la semejanza entre la doctrina de Lanz y la posterior doctrina sobre la regeneración y exterminio racial de las SS (*Schutzstaffel*) de Himmler, toda una planificación de control de la natalidad y la maternidad al servicio del hombre de pura raza aria (Goodrick-Clarke, 2005: 131). Aún hoy en día, en la literatura neonazi se evocan las antiguas civilizaciones y los misterios de los arios, que tendrían un origen divino o extraterrestre. Esta idea, modificada, es materia corriente en las obras de Erich von Däniken y otros contemporáneos y seguidores como Graham Hancock en *Las huellas de los dioses*.

Lanz fundó la publicación *Ostara*, en la que colaboró el teósofo Harald Grävell. Éste publicó en 1908 un artículo en el que presentaba una concepción teosófica de la raza y la necesidad de restaurar la autoridad aria en el mundo, todo ello inspirado en textos de la teósofa Annie Besant y de Rudolf Steiner, fundador de la antroposofía. Por su parte, Lanz utilizaba al mismo tiempo la teoría racial teosófica y los hallazgos contemporáneos de la paleontología para sustentar, como List y sus maestros, la creencia en los continentes sumergidos de la Atlántida y Lemuria (Goodrick-Clarke, 2005: 135), que se han convertido en un tópico destacado en el mercado de los misterios de masas contemporáneo, así como para los autores de la *New Age* que buscan la fuente de sus creencias y prácticas en civilizaciones exóticas, incluso entre las imaginadas como la atlante (Hammer, 2006: 1314).

Lanz fue influido también por el monista Ernst Haeckel, que, a pesar de considerarse materialista, defendía una versión personal de la *Naturphilosophie* y el pansiquismo, la creencia en un alma del mundo y su manifestación como energía en toda la materia. Este pansiquismo era retrotraído por Lanz a numerosos filósofos y místicos de siglos anteriores como Alberto Magno, Angelo Silesio y Jakob Böhme. La astrología se convirtió en otra de las herramientas hermenéuticas de Lanz, aprovechando la moda imperante en Alemania. Los astrólogos que publicaban en la revista de Lanz practicaban la «astrología política», que presentaba horóscopos de naciones y de grandes monarcas. En la actualidad, la versión contemporánea de esta práctica se denomina astrología mundial.

Una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, Lanz contó una anécdota, hoy tomada por posible, que luego ha sido reproducida como evidencia de la influencia en el partido nazi del ocultismo pangermanista: el futuro *Führer* lo visitó en 1909 atraído por sus teorías raciales y con la intención de comprar números atrasados de *Ostara*, que Lanz le regaló en vista de los escasos recursos con que contaba entonces Hitler debido a su vida casi bohemia, comiendo en albergues y esforzándose en llegar a ser un gran pintor. La influencia de las ideas de Lanz en Hitler, al quien éste nunca citó en adelante, consistió fundamentalmente en una concordancia de perspectivas respecto al racismo básico dualista de ambos: la raza aria es depositaria de todo lo bueno y las demás de lo malo. Las extremas ideas racistas del posterior régimen fueron plasmaciones de esa visión radicalmente maniquea de las razas (Goodrick-Clarke, 2005: 244-245).

En esta breve incursión en el ocultismo ariosofista no puede faltar Rudolf von Sebottendorff (1875-1945), fundador de dos sectas racistas en Múnich en 1917 y 1919 en las que tuvo su origen el NSDAP, el partido nazi (Goodrick-Clarke, 2005: 163).

Después de numerosos viajes por Europa y participación en contiendas bélicas previas a la Primera Guerra Mundial, Sebottendorff se estableció en Berlín. Allí entró en contacto con miembros de asociaciones nacionalistas y racistas como la *Germanenorden*, preocupadas por la decadencia de la raza y el olvido del saber antiguo que las runas podían recuperar. Con la hábil gestión de Sebottendorff, la *Germanenorden* vio crecer espectacularmente su número de afiliados, y fue tomando un carácter más político, además de las actividades ocultistas típicas. Fue entonces cuando cambió su nombre por el de Sociedad Thule, nombre dado

a las tierras míticas del norte europeo descubiertas por Pitias en 300 antes de nuestra era, aunque también era identificada con Islandia en la Edad Media (Goodrick-Clarke, 2005: 188; Sala, 2003: 382-387).

La derrota alemana en 1918 supuso un duro golpe también para los miembros de la Sociedad Thule. Sebottendorff se convirtió en un relevante organizador político nacionalista muy crítico con el orden nacido de la derrota. Los medios de difusión escrita de Thule fueron fuente de inspiración para el partido de Hitler, aunque éste renegó desde el principio del carácter de logia o sociedad secreta que esta asociación tenía (Dumont, 1987: 173). Su ascensión en el ambiente del recién creado partido pre-nazi *Partido de los Trabajadores Alemanes* (DAP) le permitió eliminar los aspectos *völkisch* y ocultistas, innecesarios y contraproducentes para sus aspiraciones de crear un partido de masas con influencia real en la sociedad. Las especulaciones contemporáneas en torno al interés de Hitler por el ocultismo y de su influencia en el origen del posterior NSDAP responden más a un interés sensacionalista de ciertos medios de comunicación que a la realidad histórica.

Sebottendorff, alejado de la política, acabó dedicándose a la astrología, hasta que en 1933, con los nazis en el poder, pretendió reflatar la Sociedad Thule como antecedente inmediato del NSDAP, cosa que no agradó a las autoridades. Después de varios viajes por Europa y las dos Américas, acabó suicidándose el mismo día que finalizó la Segunda Guerra Mundial (Goodrick-Clarke, 2005: 196).

La teosofía y mitología germánicas, por tanto, conformaban la visión del mundo de estos gurús y de las agrupaciones que generaron a su alrededor. La conclusión a la que llega Goodrick-Clarke es especialmente importante:

Lo que la teosofía ofreció a estos individuos, con intelectos, educación y circunstancias sociales atractivas, fue una visión integral del mundo, en la que el presente era entendido en términos de un remoto pasado. Este pasado imaginario legitimó una variedad de ideas sociales, políticas y culturales como el racismo, la magia y el elitismo hierofántico, que eran, todas ellas, negadoras del mundo moderno. Aunque esta legitimación no era tradicional, sino más bien mitológica, incluía aparentemente los descubrimientos científicos del presente, y otorgaba un sentido para entender la sociedad y la historia a partir de referencias sobrenaturales (Goodrick-Clarke, 2005: 81-82).

Podemos encontrar constelaciones de ideas semejantes hoy en día en la cosmovisión de la religión neopagana Wicca, en los tradicionalistas de la *sophia perennis* y en los *newagers* más sensibilizados con el poder de la tecnociencia contemporánea y motivados para llevar a la opinión pública la necesidad de recuperar nuestras *raíces espirituales*.

Estas reconstrucciones interesadas del pasado histórico y arqueológico tienen su base en lo que Ruiz denomina «referentes de prestigio». Este autor define así este concepto:

Nombres o iconos arqueológicos que remiten a un pasado más o menos autodefinido y que se presenta a los ojos del espectador completamente descontextualizado pero rodeado de una aureola de respetabilidad por su antigüedad y sus implicaciones históricas, independientemente de que éstas sean conocidas o no por el observador. Ese nombre o icono evoca así tres cosas al menos: primero, el establecimiento de la raíz, del origen de la identidad actual; segundo, la atribución de una nobleza a esa identidad por la antigüedad implicada; y tercero, al mismo tiempo que alteridad respecto al presente, la afirmación de un progreso, una evolución dentro de la identidad. Origen, antigüedad y progreso, resultan así los factores clave para entender la razón de ser de los «referentes de prestigio», o si se quiere decir con otras palabras: cómo se ha evolucionado desde unos orígenes que han sido ennoblecidos por el tiempo (Ruiz, 2002, accesible en: <http://www.ucm.es/info/arqueoweb/numero4_1/conjunto4_1.htm>).

6. La arqueología «alternativa»

En los últimos quince años, aproximadamente, la industria cultural relacionada con lo misterioso u oculto se ha centrado en los aspectos misteriosos y enigmáticos de la historia y la arqueología del pasado de las sociedades. Como suele ser habitual, es difícil y arriesgado asegurar si este hecho es debido a la creación de un interés comercial o es la respuesta de los fabricantes de cultura a la demanda de un público medianamente instruido que necesita hallar en el pasado lo que un presente aparentemente trivial no le ofrece. En todo caso, lo que parece empíricamente demostrable es la connotación con que ese pasado es presentado en los productos culturales de divulgación masiva. Si bien no suele tra-

tarse de una burda remembranza mitificada, sí es posible detectar una intención ejemplarizante o admonitoria sobre virtudes o capacidades olvidadas. Las obras de von Däniken, Kolosimo o Charroux, por ejemplo, nos ilustran sobre antiguas humanidades con grandes capacidades psíquicas, ahora perdidas.

En cualquier caso, las líneas contemporáneas alternativas de investigación arqueológica relacionadas con los intereses mágicos de los nazis son un lugar común en la literatura popular del sector correspondiente. Al margen de su escasa validez científica, suelen basarse en la preocupación real de los nacionalistas y racistas pre-nazis y nazis por hallar indicios, vestigios y «pruebas» que demostrasen la antigüedad y nobleza del pueblo germánico («referentes de prestigio»), que acabó plasmándose en la *Ahnenerbe*. Esta organización fue creada en 1935 por Richard Walter Darré, Herman Wirth y Karl Maria Wiligut (que aseguraba tener acceso mediante raptos psíquicos a la memoria ancestral germana, de la misma forma que Blavatsky entraba en contacto con la Hermandad Blanca) y el propio Heinrich Himmler, e integrada en las SS para promocionar el estudio de la historia antigua alemana con la finalidad de encontrar pruebas de un pasado remoto y esplendoroso de la raza aria, que se habría extendido por diversos lugares de Europa. Con tal objetivo, hubo expediciones a Suecia, Finlandia, Francia, Tíbet y la propia Alemania, mientras que otras exploraciones previstas no se pudieron llevar a cabo, como las de Islandia, Bolivia o las Islas Canarias.

El personaje de referencia en el terreno de la historia y la arqueología mágicas fue Otto Rahn, especialmente interesado por los cátaros y los albigenses. En *Cruzada contra el Grial* figuran los elementos básicos del nazismo místico. Su interés por las culturas antiguas europeas le llevó a viajar por Francia, Italia, España (en particular Cataluña) y Suiza entre 1928 y 1932. En la citada obra narra la cruzada de la Iglesia contra los herejes cátaros, a los que consideraba místicos solares representantes de la cultura occitana, para él la auténtica cultura europea pura.

Por su parte, Karl Maria Wiligut (1866-1946), que cambió su apellido por el de Weisthor, jugó un papel importante en la simbología creada para las SS, como el diseño de su anillo con una calavera, la esvástica y varias runas (Wiligut era un experto intérprete en este simbolismo), y en los rituales que se celebraban en el castillo de Wewelsburg, en Westfalia, donde los futuros SS recibían instrucción ideológica. Allí se celebraban también bodas de inspiración pagana, fes-

tivales anuales de primavera, vendimia y solsticios mediante ritos de inspiración pagana que la religión Wicca ha versionado contemporáneamente (Goodrick-Clarke, 2005: 234).

Contactando con el pasado mítico ario por medios «supranormales», Wiligut supo de las prácticas religiosas de las antiguas tribus arias y de su organización jurídica, social y militar, que mantenían un estrecho parecido con las revelaciones hechas años atrás por Guido von List (Goodrick-Clarke, 2005: 226). La historia de la humanidad de Wiligut era un imaginativo teatro mítico en el que hace más de doscientos mil años la Tierra estaba poblada por gigantes, enanos y otros seres fantásticos, además de haber tres soles en el cielo. Guerras, grandes migraciones y cismas religiosos componen un escenario en el que los mitos cristianos son adoptados como genuina y originalmente propios de los arios. Después de pasar por un sanatorio mental, se trasladó a Alemania en 1932 donde entró en contacto con oficiales de las SS y a través de éstos con Himmler, que a su eficiencia racional unía un interés romántico e imaginativo por todas las cosas ocultas del pasado mítico alemán. La *Abnenerbe* se ha convertido en parte de las teorías conspirativas actuales, debido principalmente a la confusión que existe entre sus objetivos y los de la sociedad Thule.

7. La cosmovisión nazi

La importancia de este conjunto de ideas que hemos visto para la conformación de la ideología nacionalsocialista se ha exagerado considerablemente. Según Goodrick-Clarke, puede decirse que su contribución a la atmósfera mitológica nazi fue importante, pero no llegó a influir directamente en las acciones de quienes tenían en sus manos el poder y la responsabilidad política (Goodrick-Clarke, 2005: 223). En cierta medida, dos son las excepciones a esta realidad: la influencia de la revista *Ostara* (fundada por Guido von List, como quedó dicho anteriormente) en el joven Adolf Hitler y la ejercida por el «dotado» austríaco Karl Maria Wiligut en Heimrich Himmler.

Como indica Sala, el dudoso mérito del nazismo consiste en haber reconducido un sustrato ideológico y haberlo convertido en un movimiento político de masas, pero también en haber potenciado elementos ya presentes en él hasta el punto de aglutinarlos en una forma de ver al hombre y el Universo que se

oponía frontalmente a los principios de la tradición judeocristiana (Sala, 2003: 15). Esta autora indica que no son pocos los elementos de la cultura popular en los que es posible reconocer una cierta familiaridad con la cosmovisión nazi: la Nueva Era, el ecologismo, el esoterismo, el culto al cuerpo, el imperio mediático, el turismo de masas o la publicidad, destacan en este sentido (Sala, *Ibidem*: 36). A todo ello habría que añadir la revalorización de las llamadas «medicinas alternativas».

Las medicinas alternativas experimentaron gran auge durante el nazismo, aunque ya eran ampliamente practicadas y consumidas con anterioridad, a lo que contribuyó la repulsión de aquel movimiento por lo intelectual y lo judío, dado que la medicina ortodoxa era considerada fría y racional, y eran los judíos quienes abundaban en la profesión médica (Sala, 2003: 283).

La revalorización formal de los practicantes paramédicos, indica Linse, no tuvo lugar hasta el nacionalsocialismo (Linse, 2002: 183 y ss.). Previamente, con el predominio de la medicina científica, los curanderos y los terapeutas tradicionales habían visto cómo su escenario de actuación quedaba reservado para los médicos urbanos y modernos, y en esta lucha por el espacio vital debemos cifrar también el ataque de la medicina científica a la alternativa; no sólo razones estrictamente epistemológicas eran las que actuaban en este complejo proceso. Por su parte, la finalidad de la política sanitaria nazi era complementar la medicina científica con procedimientos terapéuticos más populares y «adecuados a la naturaleza». Así, en 1933 se constituyó la Asociación Alemana de Practicantes Paramédicos, que agrupaba a los «sanadores naturistas». En la actualidad, diversas legislaciones sanitarias de diversos países comienzan a incluir, de nuevo, estas prácticas alternativas.

Estas medicinas pretendían hallar su fundamentación en teorías esotéricas y ocultistas, de tal forma que todos sus temas y facetas se unían para proporcionar una visión cósmica o integral del ser humano. En palabras de Linse, en la gran ciudad se unía la praxis de la medicina popular tradicional con ingredientes intelectuales ocultistas para ofrecer una modalidad completamente específica de medicina alternativa (Linse, 2002: 185).

Himmler fue un gran interesado en la medicina alternativa, llegando a asegurar que todo lo que fuera en contra de estas prácticas curativas debía ser cali-

ficado de sectario. Entre sus variantes más utilizadas destacaba la fitoterapia, inspirándose en las ideas terapéutico-botánicas de Paracelso. Así, en 1934 se inauguró en Dresde el hospital *Rudolf Hess*, el primer centro médico enteramente dedicado a la práctica de medicinas alternativas, en el que el naturismo se complementaba con la hidroterapia, la talasoterapia, la homeopatía, el vegetarianismo y el nudismo, entre otras actividades. Trataban de construir un puente entre la medicina ortodoxa y la alternativa invitando a los médicos a «venerar las fuerzas curativas presentes en la naturaleza», y a reducir al mínimo el número de medicamentos (Sala, 2003: 284).

Después de lo expuesto podemos concluir que ninguna investigación que se guíe por los criterios de objetividad o pertinencia podrá otorgar al ocultismo nazi mayor relevancia que la de ser simples circunstancias sin trascendencia real, producto de un ambiente intelectual en el que pululaban multitud de heterodoxos, sectarios antisemitas, ocultistas que despreciaban todo lo que no fuera la mitología de un pasado áureo y unas masas deseosas de delegar su voluntad en el primer iluminado que les prometiera mano de hierro contra los enemigos del pueblo responsables en último término de la calamitosa situación social y económica. Toda esa literatura que nos habla de conexiones del nacionalsocialismo con la sabiduría oculta, pactos con fuerzas oscuras y «superiores desconocidos» en el seno de la Sociedad Thule es, en palabras de Goodrick-Clarke, enteramente falaz (Goodrick-Clarke, 2005: 274). Sala es de la misma opinión (Sala, 2003: 387). Otro factor que puede haber contribuido a la difusión de las especulaciones sobre el ocultismo nazi es la demonización de Hitler, que, en opinión de Sala, parece apartarlo de cualquier explicación a partir de parámetros convencionales, como sugerimos al principio, atribuyéndole poderes sobrenaturales. Stoczkowski, igualmente, indica que el nazismo no fue el resultado de una conjura urdida desde el ocultismo, aunque matiza que no hay que subestimar el papel que tuvo la subcultura ocultista en las condiciones de aparición y éxito de la doctrina racista del nacionalsocialismo, puesto que, como vimos, entre 1880 y 1910, surgieron en Alemania gran cantidad de grupúsculos ocultistas a los que hoy se designa conjuntamente con el nombre de *Renacimiento ocultista germánico* (Stoczkowski, 2001: 322). La enorme oferta alternativa y terapéutica actual en forma de técnicas de sanación, artefactos, cursos, talleres y retiros, así como toda una panoplia de supuestos fenómenos misteriosos, conspiraciones y productos mediáticos tiene un fuerte aire de familia con el citado renacimiento ocultista.

Bibliografía

- BEHRENBECK, S. (2006). «National Socialism» En: The Brill Dictionary of Religion Kocku von Stuckrad (ed.) Leiden-Boston: Brill.
- BERLIN, I. (1999). *Las raíces del romanticismo*. Madrid: Taurus.
- BIEHL, J. (1995). *'Ecology' and the Modernization of Fascism in the German Ultra-right*. AK Press (accessible en: <<http://www.spunk.org/texts/places/germany/sp001630/janet.html>>).
- BURLEIGH, M. (2002). *El tercer Reich. Una nueva historia*. Madrid: Taurus.
- DÍEZ, J. R. (1996). *Sociedad y cultura en la República de Weimar. El fracaso de una ilusión*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- DUMONT, L. (1987). *Ensayos sobre el individualismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- FORMAN, P. (1984). *Cultura en Weimar, causalidad y teoría cuántica 1918-1927*. Madrid: Alianza Editorial.
- GRAAF de, John (sin fecha) «Los Wandervogel». En: <http://www.cayocesarcalgula.com.ar/Textos/Los_Wandervogel.htm>.
- GOODRICK-CLARKE, N. (2005). *Las oscuras raíces del nazismo*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Sudamericana.
- Hammer, O. (2006). «New Age» En: The Brill Dictionary of Religion. Kocku von Stuckrad (ed.) Leiden-Boston: Brill, pp. 1313-1315.
- HERF, J. (1990). *El modernismo reaccionario. Tecnología, cultura y política en Weimar y el Tercer Reich*. México: Fondo de Cultura Económica
- LINSE, U. (2002). *Videntes y milagreros. La búsqueda de la salvación en la era de la industrialización*. Madrid: Siglo XXI.
- MOSSE L. G. (1961). «The Mystical Origins of National Socialism». En: *Journal of the History of Ideas*, Vol. 22, N° 1, Jan-Mar, pp. 81-96.
- PAUWELS, L. y BERGIER, J. (1985). *El retorno de los brujos*. Barcelona: Plaza y Janés.
- RUIZ, G. (2002). «Arqueología e identidad: la construcción de referentes de prestigio en la sociedad contemporánea». En: *Arqueoweb* 4(1), mayo. Accesible en <http://www.ucm.es/info/arqueoweb/numero4_1/conjunto4_1.htm>.
- SALA, R. (2003). *Diccionario crítico de mitos y símbolos del nazismo*. Barcelona: Acantilado.
- STAUDENMEIER, P. (sin fecha). «Fascist Ecology: The «Green Wing» of the Nazi Party and its Historical Antecedents». AK Press. Accesible en: <<http://www.spunk.org/library/places/germany/sp001630/peter.html>>.

STOCZKOWSKI, W. (2001). *Para entender a los extraterrestres. Estudio etnológico de una creencia contemporánea*. Madrid: Acento Editorial.

Recibido: 18/12/2010

Aceptado: 29/04/2011

